

POR JUAN MANUEL SAYAGO GUZMÁN

EL JOVEN WINSTON CHURCHILL

Oratoria y vocación al servicio del Imperio



Winston Leonard Spencer-Churchill nació la madrugada del 30 de noviembre de 1874 en el palacio de Blenheim, situado en la localidad campestre de Woodstock en Oxfordshire. A 150 años de su nacimiento, el que fuera el primer ministro británico durante la Segunda Guerra Mundial dejó un legado que le ha situado como una de las grandes figuras políticas del siglo XX. Estadista elocuente y expresivo, orador contundente, belicoso y embelesador, con un sentido del humor único, fue clave para guiar a su país en las horas más oscuras y bajas y de incitarles a resistir luchar y vencer.

Durante su adolescencia, mientras se formaba en la Escuela de Harrow, tuvo un largo historial de dolencias. Pero el acontecimiento que marcó su vida sucedió en enero de 1893. Entonces, con dieciocho años, tuvo un accidente mientras jugaba con sus primos en la finca de estos en Wimborne. Allí, saltó de un puente peatonal, cayendo desde una altura de nueve metros, lo que le causó una conmoción cerebral, la rotura de una vértebra torácica, una fractura renal y que tuviera que guardar reposo durante tres meses para recuperarse.

Ese episodio no fue importante por el largo periodo de recuperación, sino porque, aprovechando esos momentos de convalecencia visitó por primera vez el parlamento. Allí escuchó discursos y pudo conocer en persona a algunas de las figuras más notorias de la política británica de finales del XIX: Arthur Balfour, Joseph Chamberlain, lord Rosebery, Herbert Asquith y John Morley. Fue en ese momento cuando despertó la conciencia de servicio público de uno de los políticos liberal-conservadores más importantes del siglo XX: «En esos días, la política me parecía una actividad de importancia y brillo extraordinarios».

Sin embargo, el ejercicio de la política debía esperar, pues el joven Winston tenía claro que primero había de servir a la patria. Así, en junio de 1893 realizó el examen para entrar en la prestigiosa institución de la Real Academia Militar de Sandhurst y unirse al cuerpo de caballería. Pero esa conciencia política seguía viva en Churchill, tal y como demostró en el primer discurso que dio.

Lo hizo cuando sus compañeros de academia y él boicotearon un acto de una campaña en pro de la pureza social y que abogaba por separar a hombres y mujeres en el teatro Empire de la plaza Leicester

mediante biombos. Churchill y sus amigos entraron en el teatro, echaron abajo las empalizadas de madera y marcharon triunfales. No queda constancia documental de su arenga, pero si se sabe que la prologó con un «¡Damas del imperio, vengo en defensa de la libertad!». Sin duda, una de las formas más improbables de inaugurar la carrera discursiva del que fue uno de los mejores oradores de su época.

En diciembre de 1894 se licenció en Sandhurst sin destacar en sobremanera. Quedó el 28 de los 130 cadetes que se licenciaron, pero obtuvo el segundo puesto en la competición ecuestre. También sucedió en aquellos meses otro de los acontecimientos que marcaría su vida: la muerte de lord Randolph Churchill, su padre. Con él se imaginaba compartiendo bancada en la política, luchando por guiar a su país hacia el mejor de los destinos y eso le sumió en una gran tristeza: «Todos los sueños de camaradería que había concebido junto a él, de acceder al parlamento y trabajar a su lado, procurándole apoyo, se habían esfumado. Lo único que podía hacer era perseverar en sus objetivos y reivindicar su memoria».

Pero lo que dejó en Churchill una grave herida también encaja en los azares del destino. Su padre falleció siendo miembro del parlamento y, de haber continuado seis meses más en política, es posible que le hubieran concedido un título nobiliario, el cual pasaría después a su primogénito. De esa forma, Churchill no habría podido formar parte de la Cámara de los Comunes y se habrían reducido sus posibilidades de que fuera nombrado primer ministro en 1940, cuando el Imperio Británico estaba ya inmerso en la Segunda Guerra Mundial.

Su padre había sido su principal inspiración para adquirir conciencia política. De hecho, su influencia en él fue enorme, pues durante su carrera política imitó sus pausas retóricas y su característica pose a la hora de dar discursos, apoyando la palma de la mano, girada, sobre la cadera, lo cual era una emulación de la que adoptaba lord Randolph. Incluso llegó a ostentar el cargo de canciller de la Hacienda del Reino Unido entre 1924 y 1929, tal y como había hecho antes su padre. Incluso, como señala su biógrafo Andrew Roberts, Winston Churchill siempre pensó que la tarea de su vida consistiría, al igual que había hecho su padre, en promover tanto las ideas de Disraeli como la

Democracia Conservadora, en la defensa del *Imperium et Libertas*.

La admiración a su padre y sus ideas, de un conservador leal, marcaron el semblante político de lo que luego fue la carrera de Churchill, también la de un conservador entregado, tal y como el mismo afirmó: «no veía ninguna razón que impidiera conciliar los antiguos y gloriosos conceptos de la Iglesia y el Estado, del rey y la nación, con los fundamentos de la democracia moderna; como tampoco entiendo que las masas trabajadoras no puedan convertirse en los principales defensores de esas antiguas instituciones, ya que gracias a ellas se han logrado materializar las libertades y el progreso de que hoy disfrutan».

Este periodo de su vida, menos tratado que su etapa como ministro del Interior, canciller de la Hacienda o como líder del Partido Conservador y primer ministro, marcaron de forma definitiva la construcción de la personalidad de Churchill. Desde entonces, él tuvo la convicción de que los grandes hombres tienen la facultad de cambiar la historia mediante la realización de hazañas notables. Su espíritu patriótico y la gran veneración que le inspiraba la historia de Gran Bretaña le llevaron a vivir en primera persona lo que era la guerra: en Cuba como observador de los combates entre españoles e independentistas; en la India con los húsares; en Sudán con el general Kitchener.

Toda esta experiencia sería fundamental y

explicaría como logró hitos de la talla de guiar a Gran Bretaña hacia la victoria en la Segunda Guerra Mundial. De cómo se embarcó con determinación y sangre fría en la aventura de convertirse primero en un héroe y después en un hombre de excepción. Incluso de cómo en los tiempos más oscuros de Europa, cuando la libertad y la democracia se tambaleaban y estaban en entredicho, se mantuvo incólume ante la tempestad del totalitarismo, tal y como dijo en su famoso discurso de junio de 1940, henchido de patriotismo: «Combatiremos en los mares y los océanos, combatiremos cada vez con mayor confianza y fuerza en el aire; defenderemos nuestra isla a cualquier precio; combatiremos en las playas, en los lugares de desembarco, en los campos y en las calles; combatiremos en las montañas; no nos rendiremos jamás».

También de su labor en la conformación de la Europa de la posguerra y de la continuación de la defensa de sus ideas, advirtiendo el peligro que advendría con el comunismo soviético y el modelo que pretendía expandir: «En el continente europeo, todavía tenemos que asegurarnos de que durante los meses posteriores a nuestro triunfo no se pasen por alto los objetivos sencillos y honorables que nos impulsaron a entrar en la guerra y que las palabras libertad, democracia y liberación no pierdan el verdadero significado que les damos. No serviría de nada castigar a los hitlerianos por sus crímenes si no imperaran el derecho y la justicia».